DE LA CONVERSIÓN A LA SANTIDAD

Teología de la perfección cristiana

"Dichosa ventura":

La noche del espíritu, más a fondo, y las alegrías que trae

Lo que hay al otro lado de la noche, y lo que ya se gusta dentro de ella

Pensemos en un fraile de treinta y cinco años encerrado como en una cárcel, en Toledo por sus propios hermanos de hábito. Casi nueve meses en un cuartucho casi sin luz, a pan y agua, con disciplinas en el refectorio y la sospecha de que afuera nadie sabe dónde está.

Ese fraile es San Juan de la Cruz. Y el mismo hombre, cuando escribe de la noche, no la llama castigo, ni prueba, ni desgracia. La llama **«¡oh dichosa ventura!»**.

O exageraba, o sabía algo que nosotros todavía no sabemos. Hoy vamos a ver qué sabía.

DÓNDE ESTAMOS

La semana pasada cerramos el bloque de las purificaciones con la noche del espíritu: el madero que se pone negro antes de arder, el vaso de agua que al sol se ve lleno de motas, y aquel paréntesis: **«aunque no es peor que antes, ni en sí ni para con Dios»**[1].

Varios nos habéis pedido que no pasemos tan deprisa. Que nos quedemos un poco más en esa noche. Y tenéis razón, por dos motivos: porque es la parte del camino que más asusta, y porque si uno se queda sólo con el susto se pierde lo principal.

Así que hoy hacemos dos cosas. Primero, bajamos un poco más hondo en la noche, con Santa Teresa, con Royo Marín y con el P. María Eugenio del Niño Jesús. Y después, que es lo más importante y lo que se va a llevar más tiempo: miramos las alegrías que vive una persona que llega a la unión con Dios. Y terminamos subiendo, peldaño a peldaño, la escala de amor de San Juan de la Cruz.

Lo principal es esto: **la noche no es el fin del camino. Es la puerta.** El fin es la unión con Dios. Es una puerta más, en el sentido de que todo el camino es un abrir puertas. La puerta más difícil que hay que pasar es la de la noche pasiva del espíritu, pero es la que nos lleva finalmente a la luz, a quien estamos buscando «*Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío*». **(Salmo 42)**

El plan de hoy:

1- Dónde cae esta noche, y si es para todos.

2- Más dolorosa y menos terrible: cómo se vive de verdad.

[1] SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura* II, 10, 2. Véase la clase 26.

3- Lo que nos toca hacer: padecer a Dios, como Nicodemo.

4- El gozo y la pena, a la vez: con Santo Tomás.

5- Para qué tanto vacío y una gota del mar.

6- Los toques, y la escala de amor, en diez peldaños.

1. Dónde cae, y si es para todos

Lo primero que conviene saber es dónde está esta noche en el mapa. Royo Marín lo dice con precisión: «cuando se trata de la auténtica noche del espíritu, tiene su lugar **entre las sextas y las séptimas moradas** de Santa Teresa, ya muy avanzada la vía unitiva, inmediatamente antes de la unión transformante»[2].

Y la Santa, sin usar la palabra «noche», la describe al entrar en las sextas moradas:

> ¡Oh, válgame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece hasta que entra en la séptima morada! Por cierto que algunas veces lo considero y que temo que si se entendiesen antes, sería dificultosísimo determinarse la flaqueza natural para poderlo sufrir[3].

Y en la misma frase da la razón de que se aguante: el alma de esas moradas «está casi siempre tan junta a Su Majestad, que de allí le viene la fortaleza». No aguanta porque sea fuerte. Aguanta porque está pegada a Él.

Entonces viene la pregunta que todos nos hacemos: ¿y esto es para todos? ¿Hace falta pasar esto para ser santo?

Royo Marín distingue, y la distinción consuela. Para la perfección que él llama relativa —la de quienes llegan a la quinta morada y a los comienzos de la sexta— **no hace falta**. Dios suple esas grandes purificaciones con otras pruebas dolorosas intermitentes, «alternando la luz con las tinieblas», haciendo, como dice San Juan de la Cruz, **«anochecer y amanecer a menudo»**. Para subir a la séptima morada, en cambio, sí es indispensable[4].

Retengamos esa expresión, porque es la de casi todos nosotros: **anochecer y amanecer a menudo.** No una noche larga y entera, sino muchas noches cortas. Una temporada de oscuridad, una de luz, otra de oscuridad. Y la lógica es la misma que la de la gran noche: Dios nos enseña lo que no veíamos, para quitárnoslo.

Y Santa Teresa añade algo que nos incluye a todos: duda mucho, dice, que vivan libres de trabajos de una manera o de otra «las almas que a tiempos gozan tan de veras de cosas del cielo»[5].

Donde hay gozo de Dios, hay noche de algún tamaño. Y al revés, como vamos a ver.

---

[2] A. Royo Marín, O.P., *Teología de la perfección cristiana*, n. 278, 6 («Lugar que ocupa en la vida espiritual»): «cuando se trata de la auténtica noche del espíritu tienen su lugar entre las sextas y séptimas moradas de Santa Teresa, o sea ya muy avanzada la vía unitiva e inmediatamente antes que el alma alcance la unión transformativa».
[3] Santa Teresa de Jesús, *Moradas del castillo interior* VI, 1, 1-2. Royo Marín aduce este mismo texto (n. 278, nota 49) para situar la noche del espíritu.
[4] Royo Marín, o. c., n. 278, 4 («Necesidad»), citando *Noche* II, 1, 1.
[5] *Moradas* VI, 1, 2.

2. MÁS DOLOROSA Y MENOS TERRIBLE

Cuando uno lee los capítulos de las penas en San Juan de la Cruz —el vientre de Jonás, el colgado en el aire sin respirar— es fácil sacar una conclusión equivocada: que eso tiene que pasar así, entero, de golpe, y que, si a nosotros no nos pasa así, entonces no es eso.

El P. María Eugenio del Niño Jesús, que conocía muchas almas además de los libros, corrige esa impresión con una fórmula:

> La realidad vivida por las almas es, a la vez, más dolorosa y menos terrible que los cuadros sanjuanistas[6].

Más dolorosa, porque el santo no pudo contar todos los sufrimientos ni todos los incidentes que los agravan. Y menos terrible, porque lo que en el libro está junto, en un solo cuadro, en la vida se reparte en momentos sucesivos, se mezcla con mil cosas corrientes, y se hace llevadero.

Cómo se vive de verdad

Tiene interrupciones. El mismo San Juan de la Cruz lo dice: «nunca permanece en un estado, sino todo es subir y bajar»[7].

Ya lo vimos la semana pasada: Dios saca el hierro de la fragua para que se vea la labor que va haciendo. Y no lo hace con un ritmo fijo: a veces parece tener prisa, y a veces deja pasar años antes de volver a un punto concreto. «Sólo él sabe el porqué.»

Cada uno tiene la suya. El fuego es inteligente, dice el P. María Eugenio: regula la llama por el efecto que quiere producir, y quema en cada uno lo que cada uno tiene que quemar. Por eso hay que precaverse de toda concepción estereotipada de la noche[8]. No hay que comparar nuestra noche con la de nadie, ni con la del libro.

Va metida en la vida ordinaria: personas, acontecimientos, fracasos, enfermedades.

Muchas veces está escondida. En los que viven en medio del trabajo y de las obras.

De la prisión de Toledo

La noche del espíritu de San Juan de la Cruz se dio ahí. No es una operación en un quirófano, aislada del mundo. Dios se sirve de las personas y de los acontecimientos, de las pasiones de los hombres, de los fracasos y de las enfermedades.

A San Juan de la Cruz no lo purificaron en el desierto, sino en una cárcel donde lo metieron sus hermanos; y **de la prisión de Toledo salió con la gracia del matrimonio espiritual**[9].

---

[6] P. MARÍA EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, O.C.D., *Quiero ver a Dios*, V, 3, C («Modalidades diversas de la noche»).
[7] *Quiero ver a Dios*, V, 3, C, I, citando a San Juan de la Cruz, *Noche* II, 18, 3-4.
[8] *Quiero ver a Dios*, V, 3, C, II, con *Noche* I, 14, 5.
[9] *Quiero ver a Dios*, V, 3, C, III: «De la prisión de Toledo saldrá con la gracia del matrimonio espiritual». San Juan de la Cruz estuvo preso en el convento de los carmelitas de Toledo desde diciembre de 1577 hasta su fuga en agosto de 1578.

Es decir: la noche, muchas veces, no tiene cara de noche mística. Tiene cara de una calumnia, de un superior que no nos entiende, de una obra que se hunde, de una enfermedad que no se va. Y lo que la hace noche del espíritu no es el acontecimiento, sino **lo que Dios hace con él por dentro**.

Escondida entre las obras

En los que viven en medio del trabajo dice, lo sobrenatural aflora menos, y cuesta más darse cuenta. Pero la purificación puede ser igual de intensa, o más, porque está alimentada de más dificultades exteriores, **«de más caídas personales y de más congojas por obras»**, y por tanto de «más ocasiones de humillarse, de esperar y de amar». Y añade algo esperanzador: podría ser incluso más rápida, si el alma sabe usar todo eso para no ir más que a Dios por la fe y el abandono[10].

Así que no es que nos hayamos equivocado de camino. **Es que Dios nos está purificando por el camino que tenemos.**

3. Lo que nos toca: padecer a Dios

Si es Dios el que obra, ¿qué nos toca a nosotros? ¿Quedarnos quietos?

El P. María Eugenio responde con una escena del Evangelio: **Nicodemo**[11].

Nicodemo, de noche

Un maestro de Israel, culto, de buena voluntad, va de noche a ver a Jesús con la idea de recibir una doctrina. Y Jesús le descoloca: «el que no nazca de lo alto no puede ver el reino de Dios»; «el viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va»[12]. Nicodemo no entiende. Se humilla. Se calla. Y espera. Todo eso hace que pasara bien la prueba.

Y cuando llega la cruz y los apóstoles huyen, el que sale de las sombras es él, con cien libras de mirra y áloe, a enterrar al Señor.

Es que debía nacer de lo alto. Nacer de lo alto es conversión, y no hay conversión si no hay humildad, sin abandono en Dios.

El P. María Eugenio la resume en dos palabras latinas: **Pati Deum**, padecer a Dios, soportar a Dios[13]. Ésa es la actitud de la noche: **humillados y deslumbrados, silenciosos y serenos en la espera.**

No como un estoico que aprieta los dientes. Como Cristo en la cruz: silenciosa, voluntaria y amorosamente.

---

[10] *Quiero ver a Dios*, V, 3, C, IV.
[11] *Quiero ver a Dios*, V, 4 (introducción del capítulo).
[12] Jn 3, 3.8. La sepultura, Jn 19, 39.
[13] *Quiero ver a Dios*, V, 4, A: «Pati Deum, soportar a Dios; no en una actitud estoica, que sería pagana, sino cristiana, silenciosa, voluntaria y amorosamente, en la actitud de Cristo en la cruz».

Y eso, en concreto, se hace con la esperanza. La esperanza, dice: «es el motor que la acciona, las alas que la levantan», esto de padecer a Dios, tener que sufrir las circunstancias, padecer la cruz que me está tocando vivir.

Y en la noche el alma descubre que no puede ir hacia Dios, que no puede volver atrás porque ya está cautivada por Él, y que sólo le queda **mirar hacia arriba y gemir**. Y esos gemidos no son debilidad: Dios los está esperando, porque son los del Espíritu que «intercede por nosotros con gemidos inefables»[14].

Y Santa Teresa, cuando describe las penas más altas de las sextas moradas, las pone en su medida con una comparación:

> ¡Oh, válgame Dios, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dais después. Bien es que lo mucho cueste mucho. Cuánto más que, si es purificar esta alma para que entre en la séptima morada, como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio, es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en la mar[15].

Una gota de agua en la mar. Retengamos la imagen, porque la Santa la va a dar la vuelta en un momento: el padecer es una gota, comparado con lo que se recibe. Y lo que se recibe, cuando se recibe una gota, ya hace olvidar todo lo demás.

4. El gozo y la pena, a la vez

Antes de entrar en las alegrías, una pregunta de fondo, porque si no las alegrías parecen un premio que viene después. ¿Puede haber gozo **dentro** de la noche, o sólo al salir?

Santo Tomás lo resuelve con una distinción limpísima:

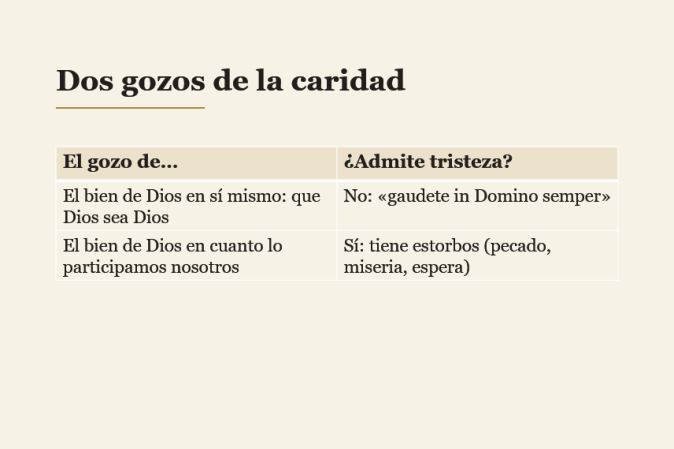
> «El gozo espiritual es un efecto de la caridad: donde hay amor de Dios, hay gozo de Dios»[16].

Y él mismo se pone la objeción: pero si Dios está ausente mientras vivimos aquí, ¿no debería causar la caridad más tristeza que gozo? Y responde que Dios está ausente en cuanto a la visión, pero **está presente aquí mismo a los que le aman, «por la inhabitación de la gracia»**[17].

Y luego distingue dos gozos[18].

---

[14] *Quiero ver a Dios*, V, 4, A, I, con Rom 8, 26-27.
[15] *Moradas* VI, 11, 6.
[16] Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* II-II, q. 28, a. 1, c.: «Et ideo spirituale gaudium, quod de Deo habetur, ex caritate causatur».
[17] Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* II-II, q. 28, a. 1, ad 1: «Est autem praesens etiam se amantibus etiam in hac vita per gratiae inhabitationem».
[18] *Idem* II-II, q. 28, a. 2, c.: «Ex caritate causatur duplex gaudium de Deo […]. Unum quidem principale, quod est proprium caritatis, quo scilicet gaudemus de bono divino secundum se considerato. Et tale gaudium caritatis permixtionem tristitiae non patitur […]. Et ideo apostolus dicit, ad Philipp. IV, gaudete in domino semper. Aliud autem est gaudium caritatis quo gaudet quis de bono divino secundum quod participatur a nobis. Haec autem participatio potest impediri per aliquod contrarium. Et ideo ex hac parte gaudium caritatis potest habere permixtionem tristitiae».



Uno, gozarnos del bien de Dios en sí mismo: de que Dios sea Dios, de que sea bueno, de que sea feliz. Ése no admite mezcla de tristeza, porque en Dios no hay nada malo de qué entristecerse. Por eso dice San Pablo: **«gaudete in Domino semper»**, alegraos siempre en el Señor.

El otro es gozarnos del bien de Dios en cuanto lo participamos nosotros. Y ése sí puede mezclarse con tristeza, porque nuestra participación tiene estorbos: el pecado, la miseria, la espera.

Ésa es la clave de la noche. **Lo que duele es lo nuestro; lo que alegra es Él.** En la noche se nos oscurece y se nos estorba lo que participamos; pero el gozo de que Dios sea Dios no se apaga, y por debajo de la pena va creciendo. Por eso el alma puede estar a la vez en el vientre de Jonás y sabiendo, en el fondo, que es amada.

Mientras más el alma se va purificando (la purificación mayor son las noches) al final el gozo es prácticamente imperturbable. En las últimas moradas los santos tienen una paz que nadie se las puede quitar.

5. PARA QUÉ TANTO VACÍO Y UNA GOTA EN EL MAR

Y ahora sí, la segunda mitad: el gozo que viene después de la prueba.

San Juan de la Cruz, en el mismo capítulo en que explica por qué la noche vacía tanto, dice para qué lo vacía:

> Porque en la dicha unión, a que la dispone y encamina esta oscura noche, ha de estar el alma llena y dotada de cierta magnificencia gloriosa en la comunicación con Dios, que encierra en sí innumerables bienes de deleites que exceden toda la abundancia que el alma naturalmente puede poseer, porque en tan flaco e impuro natural no la puede recibir, porque, según dice Isaías: Ni ojo lo vio, ni oído lo oyó, ni cayó en corazón humano lo que aparejó…[19]

Fijémonos en la razón: **no cabe.** Lo que Dios quiere dar es tanto que en el vaso que tenemos no entra. Por eso, sigue el santo, conviene que primero sea puesta el alma «en

[19] *Noche* II, 9, 4, citando Is 64, 4 (cf. 1 Cor 2, 9).

vacío y pobreza de espíritu», desnuda del hombre viejo, «para vivir aquella nueva y bienaventurada vida que por medio de esta noche se alcanza».

El vacío de la noche no es la falta de Dios. **Es el sitio que Dios se está haciendo, es Dios trabajando para darse un lugar.**

Y en el número siguiente habla de la paz:

> Demás de esto, porque por medio de esta noche contemplativa se dispone el alma para venir a la tranquilidad y paz interior, que es tal y tan deleitable que, como dice la Iglesia, excede todo sentido…[20]

«Paz, paz», dos veces

El santo explica que la paz que el alma tenía antes, cuando todo le iba bien en la oración, **«no era paz, aunque a la dicha alma le parecía»**. Andaba a su sabor, y decía «paz, paz», dos veces, porque creía tener ya la paz del sentido y la del espíritu.

Y Dios se la quita, como lloraba Jeremías, «quitada y despedida está mi alma de la paz», para darle la de verdad[21].

Es decir: lo que perdemos en la noche no es la paz. Es una paz más pequeña, que se nos quita **para que quepa la grande**.

Y en el capítulo catorce, cuando comenta el verso «¡oh dichosa ventura!», San Juan de la Cruz no puede contenerse:

> ¡Oh, cuán dichosa ventura es poder el alma librarse de la casa de la sensualidad! No se puede bien entender si no fuera, a mi ver, el alma que ha gustado de ello; porque verá claro cuán mísera servidumbre era la que tenía y a cuántas miserias estaba sujeta cuando lo estaba a la obra de sus potencias y apetitos y conocerá cómo la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza que trae consigo bienes inestimables[22].

Ésa es la respuesta a la apertura. El fraile de Toledo no exageraba. Llama dichosa a la noche porque sabe dónde desemboca: en una libertad tan grande que, vista desde allí, la vida de antes —la que nos parecía normal, incluso buena— resulta que era una servidumbre.

Y fijémonos en el detalle: «no se puede bien entender si no fuera el alma que ha gustado de ello». **Es una alegría que sólo entiende el que la prueba.** Por eso la noche asusta tanto desde fuera: porque desde fuera sólo se ve lo que se pierde.

Una gota del mar

> Otro ganar es. Un reino que no se acaba. Que con sola una gota que gusta un alma de esta agua de él, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será?[23]

Y explica por qué Dios da esas gotas antes de tiempo. No es un capricho. Es una muestra, para avivar la fe de lo que nos espera:

---

[20] *Noche* II, 9, 6, con Flp 4, 7.
[21] *Noche* II, 9, 6, con Lam 3, 17.
[22] *Noche* II, 14, 3.
[23] *Vida* 21, 1.

> También me parece que anda Su Majestad a probar quién le quiere, si no uno, si no otro, descubriendo quién es con deleite tan soberano, por avivar la fe —si está muerta— de lo que nos ha de dar, diciendo: «Mirad, que esto es una gota del mar grandísimo de bienes», por no dejar nada por hacer con los que ama, y como ve que le reciben, así da y se da[24].

«Así da y se da.» Y termina: «Quiere a quien le quiere. Y ¡qué bien querido! Y ¡qué buen amigo!»

Y en otro lugar, hablando de los deleites que Dios da cuando hace entender sus secretos, hace la comparación entera: es asco poner los deleites de la vida a su lado, «aunque sea para gozarlos sin fin», y eso que lo que el Señor da aquí es **«sola una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado»**[25].

Cuando San Juan de la Cruz habla sobre los últimos grados de amor no se sabe por momentos si está hablando del Cielo o de la Tierra. Por eso «toda deuda paga y a vida eterna sabe».

Esa gota de mar, del que habla Santa Teresa, comienza acá en la Tierra.

Y en los *Conceptos del amor de Dios*, comentando el Cantar, dice Santa Teresa en forma de oración:

> Grande es, Esposo mío, esta merced, sabroso convite, precioso vino me dais, que con sola una gota me hace olvidar de todo lo criado y salir de las criaturas y de mí, para no querer ya los contentos y regalos que hasta aquí quería mi sensualidad[26].

Las dos gotas de Santa Teresa

La gota	Dónde lo dice
El padecer: «una gota de agua en la mar»	Moradas VI, 11, 6
Lo que Dios da: «una gota del mar grandísimo de bienes»	Vida 22, 17

Juntemos las dos gotas de la Santa. El padecer de las sextas moradas es **una gota de agua en la mar**. Y lo que Dios da ya aquí es **una gota del mar grandísimo de bienes**. Las dos son gotas. Pero una es una gota que se pierde en el mar, y la otra es una gota que trae dentro el mar entero.

Ésa es la proporción. Y conviene tenerla delante cuando nos toque la parte de la pena.

[24] *Vida* 22, 17.
[25] *Vida* 27, 12.
[26] SANTA TERESA DE JESÚS, *Conceptos del amor de Dios* 4, 6.

6. LOS TOQUES

Y ahora San Juan de la Cruz habla de esas gotas con su propio nombre. Las llama "**toques"**. Y hay dos textos de la *Subida* que conviene leer enteros.

Antes, dónde estamos

Antes, una aclaración de dónde estamos, porque el texto puede despistar. El libro segundo de la *Subida* trata de la noche **activa del espíritu**: de cómo el entendimiento se purifica por la fe, que es lo que vimos en la clase 21. Ya no estamos en la noche del sentido. Y en los capítulos 23 a 32 va pasando revista a todo lo que le puede llegar al entendimiento por vía sobrenatural, para decirle al alma qué hacer con cada cosa. En el capítulo 26 habla de las noticias de «verdades desnudas» acerca de Dios[27].

Y ahí el santo, que va enseñando a no apegarse a nada, se adelanta. Habla de algo que ya no es del camino, sino de la **meta**. Y lo dice él mismo:

> Y estas altas noticias no las puede tener sino el alma que llega a unión de Dios, porque ellas mismas son la misma unión; porque consiste el tenerlas en cierto toque que se hace del alma en la Divinidad, y así el mismo Dios es el que allí es sentido y gustado. Y, aunque no manifiesta y claramente como en la gloria, pero es tan subido y alto toque de noticia y sabor que penetra la sustancia del alma, que el demonio no se puede entrometer ni hacer otro semejante, porque no le hay, ni cosa que se compare, ni infundir sabor ni deleite semejante. Porque aquellas noticias saben a esencia divina y vida eterna, y el demonio no puede fingir cosa tan alta[28].

«Saben a esencia divina y vida eterna.» Es el cielo, a sorbos. No visto «como en la gloria», pero tocado.

El P. María Eugenio del Niño Jesús dice que los favores de Dios «**se sitúan en su mayor parte en el período de la noche del espíritu»**[29]. Es decir: las gotas y los toques no vienen sólo al final. Vienen en medio, entre noche y noche, como los respiros de los que hablamos la semana pasada. El mismo tiempo que trae las penas más hondas trae las alegrías más hondas.

San Juan de la Cruz:

> Y le son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se daría por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiese padecido, aunque fuesen innumerables, y queda tan animada y con tanto brío para padecer muchas cosas por Dios, que le es particular pasión ver que no padece mucho[30].

---

[27] *Subida del Monte Carmelo* II, 26, título del capítulo: «En que se trata de las inteligencias de verdades desnudas en el entendimiento». Las aprehensiones sobrenaturales del entendimiento ocupan *Subida* II, 23-32; la purificación del entendimiento por la fe, *Subida* II, 1-9 (clase 21).
[28] *Subida* II, 26, 5. En algunas ediciones el párrafo de los «toques… bien pagada» va numerado 26, 8; aquí se sigue la numeración de la edición usada en la bóveda, donde es 26, 7.
[29] *Quiero ver a Dios*, V, 3, C, V: «los favores extraordinarios de los que hemos hablado anteriormente y que se sitúan en su mayor parte en este período».
[30] *Subida* II, 26, 7.

Con uno solo.

Con uno solo, **bien pagada de toda una vida de trabajos**. Ésa es la cuenta que hacen los santos, y es la que explica que Teresa diga que el padecer es una gota en la mar.

Y lo segundo que dice es todavía más sorprendente: que el toque no deja al alma blanda, sino con brío. Tanto, que le da pena **no padecer más**. Ésa es la prueba de que es de Dios: el gusto del demonio o de la imaginación **deja el alma buscando más gusto**; el toque de Dios **la deja queriendo dar más**.

Y añade el santo cómo llegan: Dios los da **«cuando ella menos piensa y menos lo pretende»**, a veces sólo con acordarse de alguna cosa, «y a veces harto mínimas». Unas veces estremecen hasta el cuerpo; otras pasan en el espíritu muy sosegado, «con súbito sentimiento del deleite y refrigerio»[31].

Es decir: no los busquemos. Pero no los temamos tampoco, ni pensemos que son cosa de otros. **Son la manera que tiene Dios de decirnos, en medio de la noche, que la noche lleva a algún sitio.**

LA ESCALA DE AMOR EN DIEZ PELDAÑOS [ACÁ]

Y ahora el último tramo, que es como el mapa de todo lo que hemos dicho.

La noche, dice San Juan de la Cruz, es una **«escala secreta»**: secreta porque va secreta del demonio porque no puede tentarla. Y sus grados, siguiendo a San Bernardo y a Santo Tomás, son diez[32].

Grado	Lo que hace el amor	La Escritura
1.º	**Enfermar** provechosamente: se pierde el gusto de todo lo que no es Dios	«Estoy enferma de amores» (Ct 5, 8)
2.º	**Buscar** sin cesar	«Buscaré al que ama mi alma» (Ct 3, 2)
3.º	**Obrar**, con calor para no faltar	Jacob: siete años le parecían pocos (Gn 29, 20)
4.º	**Sufrir** sin fatigarse	«Fuerte es el amor como la muerte» (Ct 8, 6)
5.º	**Codiciar** a Dios impacientemente	«Codicia y desfallece mi alma» (Sal 83, 2)

[31] *Subida* II, 26, 8.
[32] *Noche* II, 18, 1-5 (la «escala secreta») y 19, 1. El título del capítulo 19 atribuye los grados a San Bernardo y a Santo Tomás; la fuente inmediata es el opúsculo *De dilectione Dei et proximi*, atribuido en tiempos del santo a Santo Tomás.

6.º	**Correr** ligero, y dar muchos toques en Él	«Como el ciervo desea las aguas» (Sal 41, 2)
7.º	**Atreverse** con vehemencia	Moisés: «o perdónalos, o bórrame» (Ex 32, 31-32)
8.º	**Asir** y apretar sin soltar	«Le tuve, y no le soltaré» (Ct 3, 4)
9.º	**Arder** con suavidad: el de los perfectos	Pentecostés
10.º	**Asimilarse** del todo a Dios: ya no es de esta vida	«Seremos semejantes a Él» (1 Jn 3, 2)

Enfermar, buscar, obrar, sufrir, codiciar, correr, atreverse, asir, arder, asimilarse. Diez verbos. Y no los vamos a comentar todos: miremos sólo lo que tienen que ver con la alegría.

El primero y el tercero

El primero empieza en la noche. El santo lo dice expresamente: esa enfermedad, ese desfallecimiento a todas las cosas, es la aniquilación «en que se ve el alma cuando comienza a entrar en esta escala de purgación contemplativa, cuando en ninguna cosa puede hallar gusto, arrimo, ni consuelo, ni asiento»[33]. Es decir: **lo que la semana pasada llamábamos pena, aquí lo llama el primer grado de amor.** La sequedad, la desgana de todo, no es que el amor se haya ido. Es que ha empezado.

El tercero tiene un efecto que parece triste y es la mejor señal: el alma tiene «grandes lástimas y penas de lo poco que hace por Dios», le parece que vive de balde, y **se tiene por más mala que todas las otras almas**. Y el santo explica por qué: porque el amor le va enseñando lo que merece Dios. Y concluye: «en este tercer grado, muy lejos va el alma de tener vanagloria o presunción y de condenar a los otros»[34]. Es el vaso al sol de la semana pasada, visto ahora desde el amor.

El cuarto es el que más nos consuela, porque responde a la pregunta de si Dios deja al alma sola en la noche. En este grado, el alma ya no busca consuelo ni pide mercedes: sólo quiere dar gusto a Dios, aunque sea a su costa. Y precisamente entonces:

> Dale Su Majestad muchas veces y muy de ordinario el gozar, visitándola en espíritu sabrosa y deleitablemente, porque el inmenso amor del Verbo Cristo no puede sufrir penas de su amante sin acudirle[35].

«No puede sufrir penas de su amante sin acudirle». No es que Dios nos deje en la noche y aparezca al final. Es que no aguanta vernos penar sin venir. Y viene: «muchas veces y muy de ordinario».

[33] *Noche* II, 19, 1.
[34] *Noche* II, 19, 3.
[35] *Noche* II, 19, 4, con Jer 2, 2.

Y fijémonos en la paradoja: llega cuando el alma ha dejado de pedirlo. El que deja de buscar el consuelo es al que más se le da.

El Sexto y octavo

El sexto explica de dónde sale la ligereza: el alma corre a Dios sin desfallecer porque la caridad «está ya muy dilatada en ella», y cita el salmo: «el camino de tus mandamientos corrí, cuando dilataste mi corazón»[36]. El corazón que la noche vació es el que ahora se ensancha.

El octavo es el abrazo: «hallé al que ama mi corazón, y túvele, y no le soltaré». Pero el santo es honrado: aquí el alma satisface su deseo, «mas no de continuo», porque «si durase, sería cierta gloria en esta vida»[37]. Son los toques: pie puesto, pie quitado.

Y **el noveno** es el de los perfectos.

> El nono grado de amor hace arder al alma con suavidad. Este grado es el de los perfectos, los cuales arden ya en Dios suavemente, porque este ardor suave y deleitoso les causa el Espíritu Santo por razón de la unión que tienen con Dios. […]De los bienes y riquezas de Dios que el alma goza en este grado, no se puede hablar; porque, si de ello escribiesen muchos libros, quedaría lo más por decir[38].

Y una última observación del santo, que vuelve sobre el nombre: esta escala, dice, «ya en estos grados de arriba no es muy secreta para el alma, porque mucho se le descubre el amor por los grandes efectos que en ella hace»[39]. Se empieza a oscuras. Pero cuanto más se sube, más se ve. La noche no termina de golpe: amanece.

CIERRE

Volvamos al fraile de Toledo. Nueve meses en un cuartucho, y llama a la noche «dichosa ventura».

Ahora sabemos por qué. No porque le gustara sufrir. Sino porque sabía tres cosas:

· **La noche se vive más dolorosa y menos terrible que en el libro.** Va repartida, a ratos, metida en la vida de cada día, y cada uno tiene la suya. No nos hemos equivocado de camino: Dios nos está purificando por el camino que tenemos.

· **Lo que duele es lo nuestro; lo que alegra es Él.** El vacío no es la falta de Dios, sino el sitio que se está haciendo, porque lo que quiere darnos no cabe en el vaso que tenemos.

· **Ya en la noche llegan las gotas.** Una gota del mar grandísimo de bienes, un toque que deja bien pagada toda una vida de trabajos. Porque el amor del Verbo «no puede sufrir penas de su amante sin acudirle».

---

[36] *Noche* II, 20, 1, con Sal 118, 32.
[37] *Noche* II, 20, 3, con Ct 3, 4.
[38] *Noche* II, 20, 4.
[39] *Noche* II, 20, 6.

Y la proporción de Santa Teresa, para cuando nos toque la parte dura: el padecer es una gota de agua en la mar; lo que Dios da es una gota que trae el mar dentro.

¡Oh dichosa ventura!

PARA ESTA SEMANA

Tres cosas, sencillas.

· **Leamos la escala de amor entera.** *Noche* II, capítulos 19 y 20. Son cuatro páginas. Y preguntémonos, sin dramatizar, en qué verbo andamos: si en enfermar, en buscar, en obrar, en sufrir sin fatigarnos.

· **Llevemos encima la frase del cuarto grado**: «el inmenso amor del Verbo Cristo no puede sufrir penas de su amante sin acudirle». Escrita en un papel, en la cartera o en el breviario. Para el día malo.

· **Hagamos memoria de las gotas.** Todos hemos tenido alguna: un momento de oración, una confesión, una comunión, en que Dios se dejó gustar. Apuntemos una, la que sea, y demos gracias por ella. Las gotas no se piden; pero las que se recibieron no se olvidan.

Y la advertencia de siempre: esto no se autodiagnostica. Ni la noche ni los toques. Si creemos que algo de esto nos pasa, se habla con el director espiritual. Lo que sí es de todos es la proporción: lo mucho cuesta mucho, y lo que se recibe es más.